

## COMO LOBOS

M<sup>a</sup> Carmen Gil del Pino  
 Profesora Dpto Educación  
 Facultad Ciencias de la Educación  
 Universidad de Córdoba  
 Octubre/05

Tan rica, tan abigarrada es la realidad, que nuestra mente, a fuerza de querer (necesitar) manejarla, se ha vuelto, sin apenas darse cuenta, clasificatoria. Todo lo encorseta, todo lo encaja en esquemas canónicos, todo lo simplifica. Y lo que en principio es un abundante flujo –el color, la belleza, la bondad, la sabiduría...– acaba por convertirse en una figura deslavazada cuyas pedazos conforman generalmente, para mayor mal, parejas dialécticas.

Y es que los elementos de la vida natural y social, próximos y en movimiento, se friccionan como si fueran partículas mecánicas. La tensión, la chispa, el acaloramiento..., son, por tanto, inevitables, como inevitable es también, a juzgar por la evidencia, que la mente corte por lo sano y establezca contrastes binarios. En consecuencia, aunque las relaciones que pueden establecerse entre los fenómenos son múltiples (inclusivas, complementarias, de alianza, de influencia mutua...), las de oposición anidan en gran parte –si no en la totalidad– de ellos. Y oponemos lo que simple y llanamente es distinto. De toda la gama de verdes, por ejemplo, forzados por dicho proceder, vemos sobre todo el prototipo, y, además, lo enfrentamos al rojo, también focal, discreto, cortado, estereotipado.

Así, *rojo* y *verde* llegan a ser, por obra y gracia de nuestra cultura, conceptos contrarios: el primero, prohíbe; el segundo, permite. Y aunque hay que decir, en honor a la verdad, que entre ambos colores existe, a niveles perceptivos, una relación de antagonismo –no pueden ser percibidos simultáneamente (no hay rojos verdosos)–, desde luego ésta nada tiene que ver con la cultural. Opuestos se tornan también los conceptos *blanco* y *negro*, *azul* y *rosa*, *perro* y *gato*, *profesor* y *alumno*, *homosexual* y *heterosexual*, *viejo* y *joven*, *hombre* y *mujer*.

Podría sumar y seguir cuanto quisiese. Porque, poco a poco, con suma sutileza, las infinitas variables de la realidad –continuas, cambiantes, llenas de matices, vivas–, que integran (en principio) conjuntos estructurados y armoniosos, pasan a formar parte de sistemas oponentes, quedando así convertidas en mitades enfrentadas, lo cual es, además de erróneo, verdaderamente grave. «Ser macho» y «ser hembra» –y es éste un sangrante ejemplo–, ni en el seno del mito bíblico –Eva procede de una costilla de Adán– ni en el de la genética –el humano básico es hembra, y es la presencia de un solo cromosoma Y lo que hace abortar el *plan Eva*– son cosas opuestas. La relación entre sexos es una relación de complementariedad, de influencia recíproca, o, si aceptamos lo anterior, inclusiva (según el Génesis el macho englobaría a la hembra y según la biología contemporánea la hembra al macho), mas nunca hostil. Pero es que, además, existen múltiples casos intermedios y ambiguos de hermafroditas (cromosómicos, genéticos, hormonales, gonadales y anatómicos) que no son ni machos ni hembras, casos que, o son silenciados, o forzados a encajar en una u otra de las dos únicas casillas clasificatorias concebidas por nuestra cultura, o arrojados sin piedad a categorías residuales (enfermos, casos atípicos, fenómenos de la naturaleza...). Y el dimorfismo se mantiene también si pasamos del sexo al género: varón y mujer, sola y exclusivamente, saturado de masculinidad el primero y de feminidad la segunda, puros ambos, heterosexuales plenos, y homofóbicos hasta más no poder.

La derivación de pensar en términos duales (y hostiles) es peligrosísima. Al separar (y oponer) lo inseparable, nos escindimos –(nos)otros– y enfrentamos las desarticuladas mitades

(«nos» y «otros»), que se baten cuerpo a cuerpo y sin tregua. Así, como hombres pugnamos contra las mujeres, como heterosexuales contra los homosexuales, como blancos contra los negros, como viejos contra los jóvenes, como cristianos contra los musulmanes; como autóctonos contra los inmigrantes, como ricos contra los desposeídos, y como animales –como lobos– contra la humanidad.